El sabor de lo silvestre

De todos los árboles que crecen en la Brie, el ciruelo silvestre, conocido con el nombre de mirobolano, es mi preferido. No sólo por su nombre, tan curioso para un árbol; un nombre casi infantil y que parece contener mil resonancias, semejante a los nombres de los héroes de los cuentos de hadas en los que ya no creemos pero que no hemos olvidado. A primera vista, si no se considera nada más que su apariencia o su follaje, se diría que el mirobolano es un árbol campestre como cualquier otro. No hay más. Yo, que lo descubrí tarde, he acabado por amarlo con un amor casi fraternal, como se ama a un viejo amigo o a un compañero de viaje con el que uno tiene la sensación de haber compartido mucho camino. El más hermoso que conozco se encuentra a la entrada del pueblo donde vivo, cerca de un pequeño puente de piedra que cruza un arroyo. No podría decir cuántas veces pasé bajo su gran copa, mirando a otro lado, sin dedicarle siquiera una mirada, hasta que un día mi amigo el Siberiano me hizo reparar en él.

Para ser exactos, sí que había un momento del año en el que yo percibía la presencia de los mirobolanos. Justo antes de acabar el invierno, a finales de febrero o principios de marzo, esos árboles, normalmente muy discretos, llaman la atención porque se cubren de pequeñas flores de cinco pétalos perfectamente blancas.

Son los primeros árboles en florecer mientras los demás están aún sumergidos en el sueño y el campo, atrapado bajo el hielo, está más taciturno que nunca. No puedo verlos sin que me dé un pequeño vuelco el corazón porque su floración inmaculada me recuerda otros árboles que florecen en ese mismo momento en el Sur: los almendros. Las flores blancas de esos dos *prunus*, el mirobolano y el almendro, se parecen, sin embargo no es posible imaginar dos árboles más distintos. El almendro, cantado por los poetas desde la Antigüedad, anuncia el final del invierno con alegría, bajo un sol cargado de promesas, mientras que aquí, en el Norte, el mirobolano espolvorea los bosquecillos con nubes blancas como pequeñas congregaciones de fantasmas pensativos, siempre a punto de desaparecer. «El invierno –parecen susurrar– está lejos, muy lejos de acabar.»

Así, casi sin querer, los mirobolanos de mi tierra remarcaban la distancia infranqueable separando este paisaje septentrional, que se ha convertido en mi paisaje cotidiano, del paisaje de mi juventud, ese que, con el paso de los años, desde que vivo en Francia, se ha transformado en una suerte de paisaje ideal, absoluto como todo lo que se ha perdido. Por tanto, ahora también yo sé que las tímidas floraciones fuera de temporada de los mirobolanos de la Brie están entre las maravillas del mundo vegetal, que la verdadera magia de la naturaleza está ahí mucho más que en un campo de amapolas, en una glicina o en un almendro en flor.

Es gracias al Siberiano, como ya he dicho, que lo he comprendido, y por eso es un árbol que relaciono

siempre con él, con él y con su breve paso entre nosotros.

Para empezar, es necesario que hable de mi amigo, lo que no resulta fácil. No sé cuántas veces he intentado escribir sobre él, siempre sin éxito, no sólo porque no sé de su vida más que cuatro detalles, sino porque ésta me parece todavía hoy llena de zonas de sombra, huidiza, en resumen: imposible de contar.

Fue hace unos quince años. Nadie supo jamás por qué el Siberiano tenía ese sobrenombre, ni quién se lo había puesto cuando llegó al pueblo de la Brie profunda, pero, y en esto están todos de acuerdo, le quedaba perfecto. Podría ser debido a su pelo rubio ceniza y a su mirada melancólica, o porque teníamos la impresión de que había llegado al lugar desde alguna infinita llanura de los confines de Europa azotada por los vientos. Sin embargo, él hablaba francés como los demás, incluso mejor que los demás, me parecía, un francés preciso, casi literario. Cuando se comprendió que no era un inmigrante, y mucho menos un refugiado, era demasiado tarde, y él conservó hasta el final su sobrenombre, su aire exótico, el aire de alguien que estaba allí pero que podría perfectamente estar en cualquier otro lugar.

Pasaron tres años desde que me instalé en el pueblo, en una casa que me había vendido por poco precio un tal Ludovic, profesor de filosofía recién jubilado que vivía en la misma calle. Era una casa de pueblo pintada de blanco por la que trepaba una parra, y que Ludovic utilizaba como alquiler rural para redondear su escaso sueldo de profesor de instituto. Todo era aún

nuevo para mí en ese lugar adonde había llegado un poco por casualidad, después de numerosos traslados, y en el que era doblemente extranjero: de entrada, porque venía de otro país, y además, porque esa región me parecía un lugar de exilio para todo el mundo, incluso para los que habían nacido allí. Pero el pueblo era silencioso, y silencio era todo lo que yo necesitaba para escribir y para cultivar mi jardín.

El Siberiano llegó al pueblo un día de abril, si la memoria no me falla. También él por casualidad. Vivía de hacer pequeños trabajos, decían, allí donde los encontrara. Se había presentado a una oferta de empleo municipal para un puesto de peón caminero, y como fue el único candidato, lo contrataron sin más. En poco tiempo, la imagen del joven forastero trabajando en el cuidado de las calles o vaciando los contenedores municipales fue familiar para todos. No hablaba demasiado, pero sonreía amablemente a las personas, aunque su sonrisa, cosa extraña, parecía alejarlo todavía más de su interlocutor. «Pobre desdichado...», murmuró un día mi vecino Ludovic. Estábamos en la calle charlando, Ludovic, yo y otra vecina, Suzanne, una señora de cierta edad que tenía fama de ser muy sabia, una gran conocedora del alma humana. Vimos pasar al Siberiano en su camioneta cargada de sacos de restos vegetales y ramas muertas, y nos saludó con un gesto y media sonrisa. «¿Por qué desdichado?», pregunté. Fue Suzanne la que respondió: «Pues porque las personas como él están destinadas a no sentirse en casa en ninguna parte...», dijo, y esa frase me llegó al corazón, porque en ese momento comprendí aquello que en el fondo sabía ya: que un día el Siberiano se

iría. Un poco como esas plantas espinosas del desierto, sin raíces, que se quedan donde encuentran un pequeño abrigo temporal, entre dos piedras o al pie de un tronco muerto, hasta que el viento las vuelve a arrastrar a otro lugar, donde los ojos del viajero –que no ha visto nunca una flor vagabunda por el desierto– no las pueden seguir.

Él se convirtió en mi amigo poco tiempo después de su llegada, mi primer amigo desde que me retiré al campo.

Una tarde nos cruzamos en el puente que hay a las afueras del pueblo, al pie del gran mirobolano que en aquella época no existía aún a mis ojos. Yo, volviendo de mi paseo vespertino; él, terminada su jornada de trabajo, volviendo a su casa en pleno campo (apenas una cabaña), donde el ayuntamiento lo había alojado como cortesía. Nos dijimos buenas noches con cierta timidez. Al día siguiente, cuando volvimos a encontrarnos en el mismo lugar, cruzamos algunas frases sobre el tiempo o alguna otra cosa sin importancia. Dos o tres días más tarde nos paramos a hablar un rato y a partir de ahí nuestros encuentros se hicieron regulares, casi cotidianos. Si el Siberiano no aparecía allí cuando terminaba mi paseo, me sentaba en el parapeto del puente y lo esperaba. Cuando llegaba, se sentaba a mi lado, se encendía el cigarrillo y me ofrecía uno, que yo me fumaba sin haber sido jamás fumador, fingiendo que me tragaba el humo, y nos quedábamos allí durante unos diez minutos, a menudo en silencio. Entonces, él sonreía con su sonrisa un poco esclava, se levantaba y se marchaba hacia el campo bajo el cielo gris.